

2^a Edición

Ivana Raschkovan

Infancias Respetadas

Crianza y vínculos tempranos




AIQUE
Educación

Infancias Respetadas

Crianza y vínculos tempranos



Raschkovan, Ivana

Infancias respetadas : crianza y vínculos tempranos / Ivana Raschkovan. -
1a ed. 1a reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Aique Grupo Editor,
2020.

208 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-06-0898-1

1. Psicología Infantil. I. T tulo.
CDD 155.4

Dirección general

José Juan Fernández Reguera

Edición

Rosalía Muñoz

Diseño interior y diagramación

Verónica Codina

Diseño de tapa

Peter Tjebbes

Corrección

Cecilia Biagioli

Producción industrial

Pablo Sibione



© Aique Grupo Editor S. A. 2020

Francisco Acuña de Figueroa 352 (C1180AAF). Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

(011) 4865-5000/(011) 4371-6430

centrodocente@aique.com.ar - www.aique.com.ar

Hecho el depósito que previene la Ley 11723.

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA.

Primera edición - Primera reimpresión

ISBN 978-987-06-0898-1

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.

Esta edición se terminó de imprimir en febrero de 2020 en La imprenta ya,
Alfrez Hipólito Bouchard 4381, Munro, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

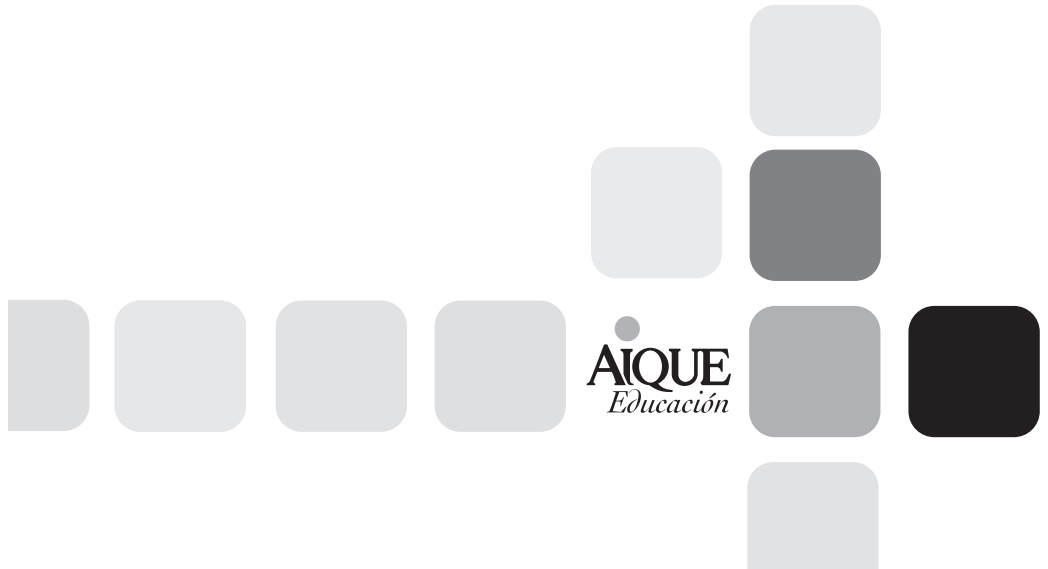
Ivana Raschkovan

Infancias Respetadas

Crianza y vínculos tempranos



Colaboradoras:
Adí Nativ y Noelia Schulz



The logo for AIQUE features a solid light green circle positioned above the letter 'I'. The word "AIQUE" is rendered in a grey, serif typeface, with the letters 'A', 'I', 'Q', and 'E' all in uppercase. The 'I' is slightly smaller than the other letters and is centered under the green circle.

AIQUE

Agradecimientos

- A León, por enseñarme tanto sobre el amor y el respeto.
- Al “Negro”, por su amor y su apoyo incondicional, por arriesgar.
- A mis padres, por donarme lugar, y a mi mamá, en especial, por ser tribu.
- A mis pacientes, mis verdaderos maestros.
- A Ricardo Rodulfo, por su generosidad, por alentarme a escribir y ayudarme a entamar el psicoanálisis y la crianza respetuosa.
- A Noelia Schulz y Adí Nativ, por sus aportes valiosísimos a este libro.
- A mis compañeros de la cátedra Clínica de Niños y Adolescentes de la Facultad de Psicología de la UBA, por su solidez, por renovar en cada reunión la pasión por la transmisión del psicoanálisis. A mis compañeros de investigación, por su labor incansable hacia la visibilización de las consecuencias psíquicas que producen la violencia y la vulneración de derechos durante la infancia.
- A mis alumnos, por tantos aprendizajes e intercambios.
- A mis compañeras de equipo, por ser a diario mi red de sostén profesional. A Nora Woscoboinic, por su ternura y disponibilidad.
- A Silvina Fernández, por mostrarme siempre el camino.
- A Lara Levyon, Mariana Paz, Babi Arozena y “la Vane” Aguilar, por los momentos compartidos.
- A los niños y las niñas que sufren sistemáticamente las distintas formas de violencia de la cultura adultocéntrica patriarcal.
- A la niña que una vez fui y habita en mí.

The logo for AIQUE features a solid light green circle positioned above the letter 'I'. The word "AIQUE" is rendered in a grey, serif typeface, with the letters 'A', 'I', 'Q', and 'E' all in uppercase. The 'I' is slightly smaller than the other letters and is centered under the green circle.

AIQUE

Índice

Prólogo irrespetuoso	9
Introducción	13
La crianza respetuosa como discurso social.....	13
1. La crianza respetuosa	19
El bebé humano	21
Naturaleza “y” cultura	22
La provisión ambiental y la función cuidadora	24
El niño como sujeto activo de derechos	29
Respeto recíproco y reconocimiento mutuo	30
2. Revisando paradigmas	37
Infancias libres de violencia	39
Lo infantil devaluado	43
La historia de la propia infancia de los padres se vuelve a transitar	45
3. Vínculos tempranos	51
Primeros encuentros con el bebé	53
De la dependencia a la independencia	55
Ilusión y fusión primaria	61
La constelación maternal y el “yo” auxiliar	63
4. Apego, regulación emocional y lactancia	67
El apego	69
El llanto como comunicación	72
La teta es más que alimento	74
Deconstruyendo algunos mitos	77
La lactancia materna y el rechazo social	81
5. El contacto afectivo	85
Exterogestación. El cuerpo como hábitat	87
La necesidad afectiva	91



Los bebés no se acostumbran a los brazos, los necesitan	97
El porteo como práctica ancestral	101
6. El sueño y el dormir	107
El sueño en bebés y en niños pequeños	109
Despertares nocturnos	113
El contacto durante la noche. Algunas apreciaciones sobre la cohabitación y el colecho	118
Cada familia, un equilibrio	124
7. Criar en tribu	127
La matriz de apoyo y la tribu	129
La matriz de apoyo profesional	133
La constelación maternal y paterna en la era digital	138
Las instituciones educativas como matriz de apoyo	142
8. El jugar	147
Los bebés juegan	149
Juego, motricidad y libertad de movimiento	156
El jugar y los inicios de la alimentación complementaria	161
9. Aprender jugando	169
Escisión entre jugar y aprender	171
Jugar sin estereotipos de género	174
El jugar y las pantallas	176
La forma más simple del aprendizaje es la imitación	180
10. El no y los límites	185
La construcción de los límites	187
La regulación emocional	190
Berrinches. Empatía y validación	193
Las categorías de tiempo. La presencia y la ausencia	198
Bibliografía	203

Prólogo *irrespetuoso*

El motivo del *respeto*, que es toda una referencia que organiza este libro, merece un mayor esclarecimiento a fin de no quedar reducido a una vaga noción de supuesto sentido común. Y precisamente se va elucidando, como quien no quiere la cosa, veladamente, en el curso de sus páginas. El enfoque en que escribe Ivana Raschkovan, para empezar, es un motivo que toma distancia y se desmarca con fuerza de los diversos discursos positivistas, tanto médicos como psicológicos, que han ingresado en el campo de la infancia y de la niñez para gerenciarla, y gerenciar de paso, los vínculos constituyentes de la subjetividad de los pequeños. Lo han hecho, claro, bajo la bandera significativa del *progreso*, adjudicado de entrada a posiciones que gozan del prestigio de su autoproclamado *nivel científico*, para no decir *cientificista*. Campea en estos discursos la clara hegemonía de una mirada técnica, dicho de otra manera, una mirada que ya de antemano contiene todas las respuestas y no necesita molestarse con preguntas.

Lo que en cambio vuelve *respetuoso* a este libro es su consideración por la pregunta, su actitud interrogativa respecto de las más enredadas cuestiones de la crianza. Por eso mismo, se despliega considerablemente lo concerniente a lo que Winnicott nombró como *interferencia*, en particular en su caso, la que ejercía a menudo el pediatra sobre la relación entre el bebé y su madre, toda una política de saber que preludiaba la hoy vigente *medicalización* de la vida. Es un objetivo bien nítido de este texto ayudar a las familias proveyéndoles elementos para resistir esa medicalización, hoy acompañada y bien por una correlativa *psicopatologización* sospechosa de toda diferencia singular. Esto empuja a la autora a no proveer, cuando recurre a material clínico o de observación, “ejemplos” paradigmáticos rápidamente generalizables, sino a aprovechar ese recurso para destacar la *singularidad* de toda experiencia humana.



Idéntico objetivo impulsa la dirección preventiva que se adopta página por página.

Este enfrentamiento con las políticas neopositivistas otorga seriedad y consistencia al motivo del respeto, evitando el riesgo de hacer de él un artilugio moralista en nombre de algún naturalismo ingenuo. Pero no. El motivo del respeto es tratado no respetuosamente —lo que conduciría a fetichizarlo—; en cambio es tratado en el seno de una batalla intertextual que no disimula las dificultades reales que hacen conflictiva la vinculación con los hijos, evitando también así una apelación al “amor” de fisonomía sentimental, lo que el mismo Winnicott señaló derivaba en una minimización de los componentes violentos de toda relación humana.

Tomar partido por lo *singular* es pues una de las banderas que enarbola Ivana Raschkovan, sin que eso la prive de incluir de manera actualizada aportes científicos ineludibles. Su propuesta no es disociar el psiquismo de sus tempranas vicisitudes del cuerpo y su andadura biológica, lo que lleva, capítulo tras capítulo, a minuciosas observaciones relativas a los cuidados cotidianos. La dimensión de lo *respetuoso* no se limita a consideraciones psicológicas hechas de consignas globales, debe manifestarse en todo el trato íntimo con lo corporal que marca el día a día del bebé. Por lo demás, el respeto se desdobra en más de una dirección, no se agota en un respeto al niño que podría paralizar a sus padres o a los profesionales intervinientes. Se compone de respeto a las manifestaciones del pequeño, no considerándolas caprichos superfluos o meramente inmaduros; respeto hacia las percepciones maternas, siendo indispensable darles crédito para autenticar la verosimilitud de las interpretaciones que deben arriesgar para poder cuidar de su criatura; respeto hacia las políticas familiares, aun cuando den lugar a polémicas donde todavía no se ha escuchado la última palabra, como en las páginas que Raschkovan dedica al tema del colecho; respeto también hacia las intervenciones profesionales no invasivas; entre ellas, la de quien está escribiendo este libro, que no se priva de *jugarse* en diversas tomas de posición, no afecta neu-

tralidad, es un libro comprometido. Y respeto hacia un psicoanálisis que ya no rehúye evasivamente la problemática de su capacidad *preventiva*, una mala palabra para algunas de sus corrientes, pero que aquí se promueve en primer plano. Ante todo estamos frente a un texto que cree en la efectividad de nuestra disciplina para prevenir pequeños malentendidos cotidianos que, si se los deja organizarse en círculos viciosos, desembocan en importantes trastornos familiares e individuales. Clínicamente, esto da lugar a una intensificación del trabajo con los padres que para nada excluye la importancia de las sesiones dedicadas al niño.

Pero está muy claro que aquí no se concibe el desarrollo de un individuo aislado, librado a sus propios componentes constitucionales o genéticos, el punto de partida es la dimensión transicional del *entre*, ni interno ni externo. Y más todavía, más significativo todavía: Raschkovan se filia en una concepción postradicional del psicoanálisis, en la cual el punto de partida no es la sexualidad infantil, tal como Freud la estableciera en sus *Tres Ensayos*, pero sí lo es el nuevo comienzo pautado por Winnicott en torno a su reivindicación del jugar como punto específico de arranque de la actividad subjetiva. Después de todo, reflexionamos, lo más específico de un infante no es su vida sexual, sino la emergencia de todo un ramillete de procesos lúdicos que van puntuando su relación con los demás y con el mundo que lo rodea. Entonces, el libro se referencia en Bowlby, Balint, Winnicott, en nuestros propios textos que se sumaron a toda esta corriente en la década del 80 del pasado siglo, antes que en Freud, Klein o Lacan, quienes siguieron la senda de la sexualidad como principio generador. Lo que por supuesto no elimina las consideraciones relativas a la sexuación temprana infantil y al lugar del medio en su activación, buena o mala. Pero hay que destacar esta brecha, a menudo negada, entre el primer arranque del psicoanálisis y su reelaboración, que podemos fechar simbólicamente en el año en que Winnicott publica su primera versión de los objetos y fenómenos transicionales.



Palabra aparte para el estilo de trabajo con la letra del libro: estilo muy vívido, que rehúye la jerga técnica, pero no por eso rehúye la conceptualización; su toma de partido es la de una sencillez expositiva que lo vuelve particularmente apto para estudiantes —y no solo de psicología—. Y para padres, a los cuales no se dirige para sermonearlos o adoctrinarlos, sino para hacerlos pensar y pensar recuperando su propia experiencia, a menudo desvalorizada por ellos mismos. Lo cual es otra forma del respeto. Una apelación no vertical, siempre transversal. No desde un Sujeto Supuesto Saber, sino desde un Sujeto Supuesto Interrogar(se). En lo que hace al estudiante, deberá tener en cuenta que, en la trama íntima del texto, se enraíza una bibliografía compleja y de peso, que no se deja ver todo el tiempo, para evitar ese aburrido sello académico de los discursos universitarios. Y si no es este, para nada, un texto “lacaniano”, no por eso desoye el llamado de Lacan a no perder nunca el hilo del desear cuando nos internamos en la problemática de nuestra existencia.



AIQUE

Ricardo Rodolfo
Buenos Aires, diciembre de 2018.



Introducción

La crianza respetuosa como discurso social

Criar a un niño podría ser comparable a una danza: intervienen el ritmo, la intensidad y la armonía. Median también el contacto, el aroma y el calor de los cuerpos. Hay momentos más acelerados, en los que debemos seguir al niño moviéndonos ágilmente, como si regresáramos a nuestra propia infancia. Períodos arremolinados, intensos, en los que decimos “no dar más” y aun así, seguimos dando. También existen tiempos más calmos, que se deslizan como una brisa agradable, en los cuales los niños acompañan nuestra celeridad adulta, acoplándose a nuestro andar. Simplemente se trata de equilibrio, armonía y reconocimiento del otro.

Hablar de *crianza* incluye todas las prácticas que forman parte de la vida cotidiana de los niños y de los vínculos con sus cuidadores. Engloba los modos de tomarlos en brazos, de hablar con ellos, las palabras que utilizamos, las formas en que ejercemos las tareas de cuidado de la rutina diaria, como el baño, el dormir, la alimentación, etc. Forman parte de la crianza también la transmisión de valores y costumbres sociales, la construcción de los límites e innumerables acciones cotidianas que realizamos los adultos a cargo del cuidado y de la educación de los niños.

En las últimas décadas, ha cobrado creciente vigencia en diferentes partes del mundo un discurso social que se ha llamado *crianza respetuosa* —entre otras nominaciones—. Bajo este nombre confluyen diferentes prácticas y reflexiones vinculadas a una concepción de niño como un sujeto activo de derechos.

Desde esta perspectiva, la crianza respetuosa no busca convertirse en una disciplina ni en una técnica, sino que constituye un discurso cada vez más difundido socialmente, que apunta a concebir a los niños como sujetos competentes que, aún en estado de dependencia



absoluta, merecen el mismo respeto y reconocimiento que cualquier otro ser humano.

No resulta casual que, en las últimas décadas, el significante “respeto” haya cobrado semejante relevancia en relación con las prácticas vinculadas al nacimiento y la crianza. El parto respetado y la crianza respetuosa han devenido en discursos y prácticas que persiguen como objetivo común (aunque no el único) preservar a los niños y a sus progenitores de violencias sutiles, invisibles y socialmente naturalizadas. Lamentablemente la violencia obstétrica y el maltrato infantil se han vuelto moneda corriente en nuestra sociedad.

En la actualidad, por fortuna, nadie dudaría por ejemplo de sancionar como un acto violento el maltrato físico hacia los niños —golpes, cinturonzos, quemaduras, etc.—, pero no siempre es tan evidente el maltrato emocional. Hoy sabemos que existen formas de violencia simbólica, violencias invisibles, que han estado durante muchos años socialmente aceptadas y cuyos efectos en la subjetividad algunos autores han denominado *traumas sutiles* o *traumas acumulativos*. Gracias a recientes investigaciones provenientes del campo de la psicología, de la pediatría y de las neurociencias, conocemos los efectos nocivos que produce en el cerebro del niño estar expuesto a situaciones cotidianas de estrés. Estos factores estresantes no solo ponen en marcha mecanismos cerebrales neurotóxicos y modos de funcionamiento psíquico a predominio de defensas por el temor al derrumbe, sino que además constituyen experiencias desubjetivantes y devastadoras a nivel de la confianza en el vínculo con el otro.

Pero ¿qué entendemos por *crianza respetuosa*? *Respetuosa*, ¿de qué? ¿De quiénes? ¿Respetuosa del niño, de los padres, del vínculo? ¿Puede ser una crianza respetuosa de todo esto? ¿Podría existir eso? En este libro intentamos ensayar algunas respuestas a estos interrogantes, basadas fundamentalmente en el trabajo interdisciplinario con familias y niños en el consultorio, en consultas de orientación a padres y en experiencias relatadas por mamás y papás durante talleres grupales de crianza.

No nos interesa transmitir un manual de instrucciones ni una escuela para padres, menos aún, una imposición o bajada de línea acerca de tal o cual forma de crianza. Se trata simplemente de revisar algunas costumbres y tradiciones culturales a la luz de los paradigmas actuales y desde la perspectiva del respeto recíproco. Porque, a pesar de la asimetría psíquica, física y emocional que existe entre el infante y el adulto, la relación de respeto no es asimétrica, sino recíproca.

Los temas desarrollados en este libro intentan construir puentes para pensar aspectos decisivos del desarrollo emocional de los bebés y niños pequeños, articulando los fundamentos de la crianza respetuosa y los desarrollos psicoanalíticos contemporáneos en el marco de los nuevos paradigmas en primera infancia. Desde este punto de vista, pensar en una crianza respetuosa implica no solo el respeto por los derechos del niño, sino también el respeto hacia su familia, hacia las mamás y los papás, sus deseos, sus tradiciones, su cultura y su idiosincrasia.

Entender que los niños piensan y se expresan en un lenguaje muy diferente del código común que habitualmente utilizamos los adultos para comunicarnos forma parte de un proceso necesario para poder ofrecer contextos facilitadores del desarrollo emocional. La presencia de un ambiente facilitador en la crianza constituye una vacuna psíquica contra distintas formas de padecimiento no solo durante la niñez, sino también en la adolescencia y la adultez.

Para alcanzar un desarrollo emocional saludable, los niños precisan cuidadores empáticos, respetuosos y, sobre todo, disponibles. No podemos criar a las corridas, en automático y a la velocidad de un tren bala. Necesitamos construir ritmos, compases de espera y tiempos para la infancia. Crecer para un niño no debería ser una carrera hacia la independencia, sino el resultado de múltiples encuentros con pares y adultos en un contexto de amor, placer y respeto por su individualidad y espontaneidad.

Criar, según la ocasión, puede significar danzar de a dos, de a tres, y otras veces, acompañan más bailarines. En algunas oportunidades




los adultos marcamos el paso; en otras los niños proponen su propio ritmo y nosotros aceptamos complacientes jugar a ser sus compañeros de baile. Lo esencial, como en toda danza, es la armonía. Que el baile fluya sin mayores complicaciones, solo algunos sutiles desencuentros o tropezones, propios de los conflictos que significa transitar con otros. El mismo deslizar del compás nos permite reanudar el ritmo cuando lo hemos perdido y continuar.

Lo que sí resulta clave es comprender que no podemos pretender que un niño siga siempre el ritmo de los adultos, ni tampoco podríamos los grandes vivir en una infancia permanente. Es un ir y venir constante, un adaptarse mutuamente en esa situación de encuentro que constituye el vínculo entre un niño, sus padres y sus cuidadores.

Si ese danzar resulta armonioso, la crianza se vuelve placentera y disfrutable. Cuando esto no resulta así, es posible que estemos bailando a destiempo, y habrá que volver a pescar el ritmo. Es cuestión de regresar a donde perdimos el paso y de ahí conectarnos nuevamente. Los niños son muy sensibles a nuestro andar y nos avisan casi de inmediato cuando detectan que nos estamos saliendo del ritmo. Solo debemos estar atentos a sus mensajes, a sus estados anímicos y a sus expresiones. De la misma manera que son perceptivos a la hora de detectar si nos estamos desviando del sendero, suelen ser también comprensivos y nos ayudan a reencontrarlo mostrándonos por dónde. Solo es cuestión de dejarnos guiar, ser humildes y permitirnos aprender de ellos.

Ahora bien, ¿por qué no estamos de acuerdo con los manuales de instrucciones ni con las guías para padres? Simplemente porque nadie podría decirle a una mamá o a un papá cómo debe criar a sus hijos. Exigir a una familia que debe dormir de tal o cual manera, o que debe amamantar hasta tal o cual edad (por nombrar solo algunas de las intervenciones frecuentes ofrecidas por profesionales como “consejos” o indicaciones para los padres) no solo constituyen demandas empapadas de prejuicios o de falsas creencias sino que, por sobre todo, representan formas de violencia simbólica sobre la experiencia íntima y singular de cada familia.



Para ello también es esencial escuchar y atender qué necesitan los adultos cuidadores y cuáles son sus posibilidades reales. Ciertos paradigmas que se pronuncian como bebecéntricos o niñocéntricos corren el riesgo de aplastar la subjetividad de la madre o del padre, culpabilizando a quienes no pueden ajustarse a determinados mandatos. Descreemos de las recetas generales y prefabricadas para la crianza, porque cada niño y cada familia son singulares. Podemos hablar de condiciones suficientemente buenas para el desarrollo emocional de los niños pero, dentro de esas condiciones, también existen matices y singularidades. Las mamás y los papás también son sujetos con sus propios sentimientos, deseos y necesidades. Depositar el centro en un único integrante del vínculo no es sin consecuencias.

Desde el punto de vista de la psicología, la crianza respetuosa, el psicoanálisis y el constante diálogo con otras disciplinas, en las páginas que siguen buscamos interrogar algunas creencias culturales que aún forman parte de nuestra tradición. En estos capítulos se revisan mitos, tales como el de que, si a un niño se lo toma demasiado tiempo en brazos, se “mal acostumbra”; el de que, para que un niño “aprenda” a dormir, hay que dejar que lllore.

Para criar infancias respetadas, necesitamos una sociedad más empática hacia los niños, que tenga en cuenta sus tiempos, sus necesidades y que provea un entramado social sostenedor a fin de que los cuidadores primarios puedan devenir en un ambiente facilitador para ellos.

Por supuesto, no existen los padres perfectos, simplemente porque no somos máquinas; y por suerte, no lo somos. Una madre suficientemente buena, tal como decía el pediatra inglés Donald Winnicott, no es la que hace todo bien, sino la que se equivoca y puede aprender del error —podríamos aplicar este mismo razonamiento a un padre suficientemente bueno—. Todos los padres nos equivocamos y aprendemos en el proceso. El respeto también debería ser hacia nosotros mismos.

El principal objetivo de este trabajo es contribuir a promover la salud y a prevenir el sufrimiento psíquico en la primera infancia. En este sendero consideramos indispensable dejar de patologizar los comportamientos



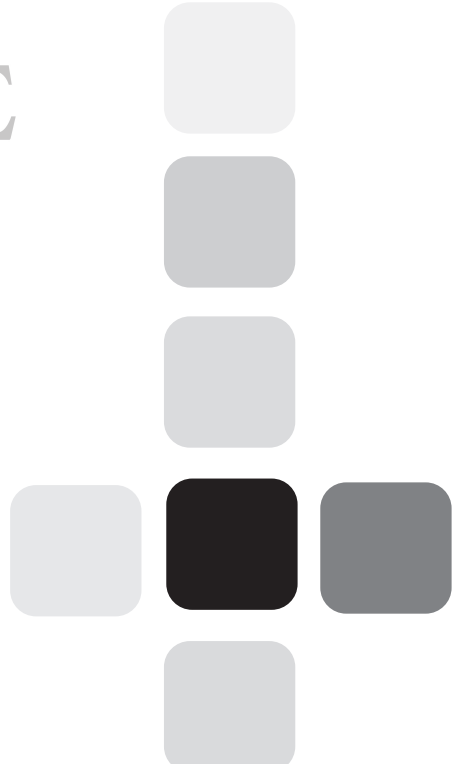
que los mismos sistemas de crianza y de educación tradicionales tienden a producir y reproducir. Es tan grave la falta de detección del diagnóstico precoz en presencia de una patología como la continua patologización de comportamientos saludables en los niños.



1

La crianza respetuosa

AIQUE



The logo for AIQUE features a solid light green circle positioned above the letter 'I'. The word "AIQUE" is rendered in a grey, serif typeface, with the letters 'A', 'I', 'Q', and 'E' all in uppercase. The 'I' is slightly smaller than the other letters and is centered under the green circle.

AIQUE

El bebé humano

¿Qué es un bebé? La respuesta que podamos dar a esta pregunta llevará impresa la marca de nuestra cultura, de lo que en nuestra sociedad y época en particular concebimos por bebé. Toda representación de un bebé entonces va a estar delimitada por la definición de un contexto social en el que ese pequeño ser es pensado.

Donald Winnicott (2006), pediatra y psicoanalista inglés, en los años cuarenta, conmovió la concepción psicoanalítica tradicional al enunciar: "Los bebés no existen". No existen como individuos aislados, por fuera de una relación con los brazos que los sostienen. No podemos describir a un bebé sin considerar el ambiente y el entorno que lo rodea. Una descripción de un niño pequeño que no incluya su contexto vincular sería parcial e incompleta.

Los seres humanos somos mamíferos placentarios, esto quiere decir que nos gestamos dentro del útero materno durante nueve meses, donde somos alimentados por la placenta, órgano creado especialmente para proporcionarnos oxígeno y nutrientes durante el crecimiento intrauterino.

El bebé humano nace usualmente entre la semana 38 y 42 de gestación; si siguiera creciendo dentro del vientre materno, su cabeza



no podría atravesar el canal de parto en el momento del nacimiento—para caminar erguidos, los humanos poseemos una pelvis estrecha—. Una vez que el bebé nace, con su desarrollo cerebral y psíquico aún en construcción, se seguirá gestando fuera del útero materno, proceso que hoy conocemos como *exerogestación*. Fuera del vientre, el bebé es absolutamente vulnerable y dependiente, necesita de condiciones muy similares a las que lo mantuvieron con vida dentro del útero materno¹.

Comprender la importancia de la continuidad entre el embarazo, el nacimiento y la *exerogestación* representa una conquista teórica esencial de las últimas décadas, sobre todo, para nuestra cultura posmoderna occidental. Recién en los últimos años se ha orientado el interés científico, profesional, cultural, teórico y discursivo hacia lo decisivo de estos primeros tiempos del desarrollo emocional del niño.

Dada la prematurez con la que nace el bebé humano, no tendría manera de sobrevivir sin el cuidado ajeno. Ninguna otra cría en las especies de la naturaleza necesita que la alimenten y la cuiden durante tantos años como la del ser humano. Somos seres sociales por naturaleza, aunque suene paradójica esta afirmación. Nuestra subsistencia durante los primeros años de vida depende absolutamente del cuidado de otros, y en las sociedades occidentales como la nuestra suelen ser la mamá y el papá quienes toman a cargo esta función.

Naturaleza “y” cultura

Si bien es cierto que, como seres humanos, pertenecemos a una misma especie, no es menos verdadero que también somos

¹ Afirma la psicóloga española Rosa Jové (2013): “Cuando nace, el bebé viene de alojarse en el mejor aposento de este mundo: el vientre de su madre. Un lugar en el que no existe el hambre, ni el frío, ni el calor, ni la soledad... Y cuando sale necesita lo mismo porque, al fin y al cabo, un recién nacido no es nada más que un feto con unos segundos más de vida, y sus necesidades no han cambiado tanto. Requiere un entorno que emule en lo posible la vida intrauterina”.

sujetos de una cultura. Y no todas las culturas son iguales. Ninguna teoría que intente dar cuenta de nuestro desarrollo como individuos podría desconocer la profunda interacción entre los aspectos genéticos, biológicos y fisiológicos de nuestra especie con los factores socioculturales.

Cuando nace, el bebé no “sabe” aún a qué sociedad ni a qué época llegará. Tanto sus expectativas instintivas como su repertorio reflejo serán los mismos que los de un bebé que nació hace miles de años. Aun así, podríamos asegurar que incluso ya antes de haber nacido, ese bebé ya es también un sujeto de la cultura. El deseo de sus padres, los preparativos previos a su llegada, la elección del nombre, los muebles que han elegido para él —o que ha heredado de un hermano mayor—, las prendas que han escogido para su llegada, si le han preparado chupetes o mamaderas, el curso de parto al que han asistido (o no) sus padres, las ecografías, los controles prenatales, la elección del hospital a donde nacerá o el hogar donde será recibido son todos ellos elementos que constituyen condicionamientos culturales propios de la sociedad a la que advenirá ese bebé, que aún no ha nacido, pero al que ya sus progenitores le han comenzado a atribuir una entidad subjetiva.

Hablar de *naturaleza* y *cultura* no necesariamente es referirse a elementos opuestos o inconciliables. Al contrario, conviven, coexisten y se suplementan en nuestra vida cotidiana. Cómo los seres humanos respondemos a nuestras necesidades fisiológicas está en estrecha relación con la cultura en que vivimos. Los alimentos que elegimos a diario, los rituales y los horarios de la comida, el modo en que dormimos, el ejercicio de la sexualidad; cada una de las necesidades fisiológicas será satisfecha de manera diferente en cada sociedad y en cada época.

A veces, puede ocurrir que los condicionamientos culturales terminen atentando o incluso interfiriendo en nuestra fisiología. Un claro ejemplo son los hábitos nocivos para la salud, como el tabaquismo o el consumo de alimentos y bebidas de nefasta calidad



para el organismo. Otro ejemplo de condicionamiento cultural que atenta contra la fisiología es la creciente medicalización de la vida cotidiana. Esta patologización se encuentra al servicio de los discursos hegemónicos de mercado y se caracteriza por intentar anular los indicios o síntomas de malestar que el cuerpo y el aparato psíquico producen. Mediante químicos sintetizados en un laboratorio, se silencia todo dolor físico o psíquico sin amagar pregunta alguna acerca de las causas que originan el malestar.

Así como existen costumbres culturales nocivas para el funcionamiento saludable del organismo, hoy gracias a las investigaciones de diferentes disciplinas que constituyen nuevos paradigmas en primera infancia, sabemos que existen numerosos condicionamientos propios de nuestra cultura y de nuestra tradición, que no solo no contribuyen al desarrollo psíquico saludable de los niños, sino que además resultan perjudiciales para su universo emocional.

Gracias a los aportes teóricos de la psicología, del psicoanálisis, de la teoría del apego, de las neurociencias, de la medicina, por nombrar solo algunas de las áreas que contribuyen a esta comprensión minuciosa de las necesidades de los bebés y los niños pequeños, sabemos que el factor ambiental es decisivo para su desarrollo emocional. Hay factores ambientales que promueven y facilitan el desarrollo, y otros que inhiben o incluso interfieren en él.

La provisión ambiental y la función cuidadora

La calidad del sostén del bebé, lo que en psicoanálisis conocemos como *provisión ambiental*, desempeña un rol decisivo en el modo de funcionamiento psíquico en la infancia, en la adolescencia y en la adultez.

Durante los primeros tiempos de la vida, la mamá (o quien desempeñe la función de cuidador primario) opera como un regulador externo de la composición química del cerebro en maduración del bebé. Por eso es tan importante atender cuidadosamente el

estado anímico de la madre. Es presumible que una mamá que se encuentra desregulada o deprimida tenga dificultades para regular emocionalmente a su hijo. Hay una homeostasis supraindividual que los incluye a ambos; se regulan mutuamente no solo a nivel fisiológico, sino también anímico. No es solo la madre quien a través de las funciones de sostén, cuidado y alimentación regula la temperatura, la frecuencia cardíaca, los ritmos de sueño y de crecimiento del niño, sino que el pequeño también regula a la mamá.

Por supuesto que la relación en este sentido es irreversible, la interregulación es asimétrica ya que no se espera del niño que calme a la madre. Pero sí es suplementaria, la mamá también necesita sentirse reconocida por su bebé y experimentar la disposición del niño a dejarse calmar por ella. Forma parte del reconocimiento mutuo (Benjamin, 1996) y es condición necesaria para que, desde los inicios, pueda plantearse un vínculo mamá-bebé sin mayores dificultades².

Sabemos que en la mamá, luego del nacimiento de su bebé, se produce una serie de cambios en su composición química y psíquica que le permitirán desempeñar la función cuidadora de mantener a su bebé con vida. Hoy existen estudios que demuestran que, cuando las funciones en la crianza se encuentran repartidas entre ambos progenitores o en situaciones en las que el papá asume el rol de cuidador principal, se espera que también se produzcan en él cambios hormonales, e incluso, en su configuración psíquica tras la llegada del bebé.

En los primeros tiempos de la vida, se imprimen marcas en nuestro aparato psíquico que no serán recuperables por la memoria consciente, pero que dejarán huellas profundas en nuestra subjetivi-

2 En mi experiencia clínica, he podido asistir en no pocas oportunidades al relato de sentimientos de impotencia y frustración que experimenta una mamá cuando no logra calmar el llanto de su bebé. Sea por la razón que fuere, física —gases, cólicos, reflujo, alergias— o emocional, la experiencia repetida en el tiempo de una mamá, de no poder calmar a su bebé, puede producir serias interferencias en el reconocimiento mutuo y afectar la confianza de la madre en sí misma.



dad. El encuentro del bebé con su madre, fuera de la panza luego del nacimiento, conforma una experiencia inaugural, única e irrepetible. Esta experiencia dejará un trazado en ese psiquismo en construcción. Que no podamos recordar nuestro nacimiento o las primeras vivencias de nuestras vidas no significa que no se inscriban. Más bien es todo lo contrario: los primeros años de la vida de un niño desempeñan un rol decisivo en la construcción de su subjetividad, de su personalidad y de su aparato anímico. Estas primeras inscripciones, si bien no serán accesibles para la conciencia, pasarán a formar parte de su propia historia.

Cómo ha sido el embarazo, qué lugar se le ha asignado a este bebé en el deseo de cada uno de sus padres (no se trata solo de si se lo ha deseado o no), cómo se ha desencadenado el parto, en qué condiciones este ha sucedido, cómo han transitado emocionalmente la mamá y el papá ese momento son todos elementos que conformarán esta situación de encuentro.

Vivimos en situación de encuentro desde que nacemos (Castoriadis-Aulagnier, 2010). El desarrollo emocional del niño ocurre en relación con un otro primordial desde los comienzos de la vida. Desde el momento del nacimiento —incluso en las experiencias intrauterinas—, lo propio de lo humano es vivir en un estado de encuentro: encuentro del bebé con su propio cuerpo, con su mamá, con su papá y con el mundo.

Estos primeros encuentros del infante con sus padres tienen las características de ser asimétricos, anticipatorios y llenos de sentido (Castoriadis-Aulagnier, 2010). Asimétricos porque la mamá y el papá, portavoces del mundo y de la cultura para ese pequeño, son sujetos con un aparato psíquico ya constituido; a diferencia del psiquismo del bebé, que se halla en vías de constitución. Anticipatorios y cargados de sentido, ya que una de las tareas principales de los progenitores en estos primeros tiempos es dar sentido a las manifestaciones del niño aun mucho

antes de que estén dotadas de intencionalidad semántica. Son la madre y el padre quienes adjudicarán un sentido y una intención a las acciones de su hijo.

Si el bebé llora, la mamá intentará amamantarlo, sospechando que tal vez tenga hambre; le revisará el pañal, para ver si se ha ensuciado; lo abrigará o lo tomará en brazos, para acunarlo. Sus modos de atender al bebé estarán conformados por un repertorio de respuestas que provendrán de su propia intuición, de su experiencia con sus otros hijos (si es que ya ha sido madre antes), del cuidado de otros niños de la familia, de las costumbres de su propia cultura, de la sociedad que forma parte de su marco de referencia y de su propia historia.

Tradicionalmente el psicoanálisis ha conferido esta función cuidadora a la madre y ha reservado al padre la función de corte y separación (Benjamin, 1996). Esta escisión entre un padre de la liberación y la independencia, y una madre del apego y la dependencia no es ajena a la sociedad patriarcal en que el psicoanálisis se originó. Esta concepción plagada de consecuencias responde a una época y a un discurso social, en el que la mujer no era portadora de un deseo propio y singular, sino que su subjetividad se reducía a ser el objeto de deseo del hombre, o bien, a ser la madre del niño. En el mundo freudiano, las mujeres son definidas por la falta de lo que tienen los hombres: el falo. Por lo tanto el deseo femenino en los inicios del psicoanálisis fue definido no en términos positivos de deseo, sino negativos de envidia, la famosa y conocida envidia del pene.

Ahora bien, un siglo después de la emergencia del psicoanálisis, sería reduccionista y anacrónico seguir atribuyendo la función de cuidados y de provisión ambiental exclusivamente al género femenino. En nuestra sociedad actual, donde las mujeres trabajan a la par de los hombres y en que la crianza de los niños ha dejado de estar confinada al universo femenino, cada vez vemos más a los papás llevar a los



hijos al colegio, cambiar pañales, portear a sus bebés e ir a las plazas con sus hijos. Como consecuencia de estos cambios en el entramado social, hoy vemos a no pocos padres ocupar el rol de cuidadores a la par de las madres, o incluso en algunas ocasiones, pasar más horas al día con los hijos que las mamás.

Asimismo en las últimas décadas, hemos asistido a un gran cambio en las configuraciones familiares. La familia tradicional mamá, papá e hijos ya no puede continuar siendo nuestra única referencia. Las categorías de género han experimentado una profunda transformación, y hoy es habitual encontrarnos con familias monoparentales, homoparentales o familias ensambladas. Por lo tanto se vuelve inevitable revisar los paradigmas teóricos clásicos e introducir una separación entre la función y el género del progenitor.

Ahora bien, sea cual sea la configuración de cada familia en particular, lo cierto es que son los padres (o quienes asuman esta función) los primeros portavoces de la cultura en la vida de un niño. Por esta razón considero que debemos ampliar la noción de función materna, incluyendo al padre como factible de ser quien, junto a la madre, desempeña la función de cuidado, que tradicionalmente se le ha atribuido solo a la mujer.

Lo que por cierto no ha variado a lo largo de los años es la necesidad de los bebés y de los niños de sentirse cuidados, protegidos y sostenidos. El bebé humano nace en un estado de dependencia absoluta (Winnicott, 2011) y solo si cuenta con un ambiente facilitador, que funcione como sostén en tiempos donde, sin ese otro humano, no sería posible subsistir, puede encaminarse por medio de sus procesos de maduración hacia una independencia relativa. Esta independencia es relativa porque el ser humano nunca ha vivido aislado: es un ser social por excelencia y requiere de la presencia y compañía de otros para alcanzar su dicha.

Por tal razón, antes de preguntarnos acerca de cómo el individuo se constituye en un ser autónomo e independiente (en términos

relativos), es esencial entender cómo nos relacionamos y nos constituimos en el vínculo con los otros.

El niño como sujeto activo de derechos

Si afirmamos que el desarrollo emocional se construye en continua interacción y en un complejo proceso de influencia mutua con el ambiente donde el niño vive, entonces debemos admitir que el entorno que lo rodea modifica su mundo intrapsíquico y el niño, a su vez, transforma el ambiente en que habita. Las competencias sociales del niño y su capacidad para vincularse se desarrollarán conforme a las respuestas de las personas que lo cuidan. La mamá y el papá en el encuentro con el niño pondrán en juego su deseo y su propia sexualidad (entendiendo que la sexualidad desborda y no se agota en la genitalidad), que operará como estímulo excitante. Esta excitación pondrá en marcha el aparato psíquico del pequeño, mientras que simultáneamente, recibirá de sus padres mensajes que producirán calma y regulación. El vínculo del bebé con sus progenitores desempeña un rol decisivo en la arquitectura del cerebro y del psiquismo. Los adultos contienen la emoción del infante y la modulan, ya que el bebé aún no dispone de los recursos que le permitan calmarse solo.

Siguiendo el enfoque que aportan los nuevos paradigmas en primera infancia y niñez, que a su vez reformulan las concepciones clásicas y las renuevan, considero que a pesar de esta asimetría indiscutible entre el niño y el adulto, en cuanto a la constitución del aparato psíquico y en lo referente a las funciones que cada integrante del vínculo encarna: funciones de cuidado y protección por parte de los progenitores y la función del niño (como sujeto activo, a pesar de su estado de dependencia), puede plantearse en paralelo una relación de reciprocidad, que paradójicamente convive con las asimetrías mencionadas.

La *relación de reciprocidad* a la que me refiero involucra a todos los participantes del vínculo —mamá, papá, bebé, y se extiende



a otras personas que son parte de la familia, como hermanos, abuelos, tíos, etc.— y los ubica en igualdad de condiciones como sujetos de derecho.

Desde esta concepción no se cuestionan ni se invierten los roles, no se desdibujan los límites, sino que se mantienen las funciones de sostén y cuidado de las figuras parentales (y la de los adultos en general) respecto de la prematuridad y el estado de dependencia con que nace el ser humano, pero se enfatiza acerca del reconocimiento del bebé y del niño como sujetos de derecho, dignos de respeto principalmente en todo lo que se refiere a su propia espontaneidad y a sus procesos madurativos.

Aun en ese estado inicial de dependencia absoluta, es posible reconocer al niño como a un otro, como alteridad en una diferencia no oposicional. Junto a las funciones de sostén y cuidado del ambiente facilitador, una no menos importante es garantizar una relación de respeto hacia la singularidad emergente del niño, ejercida a través de prácticas cotidianas no intrusivas, lo menos intervencionistas posible en términos de facilitar y acompañar sus procesos de maduración.

Desde este paradigma de equidad en el trato, se plantea que en los cuidados habituales de higiene, alimentación, vestimenta, transmisión de los límites, etc., el niño tiene derecho a ser criado y educado en el mismo contexto de respeto que los adultos se expresan entre sí. Los castigos, las penitencias, los gritos y, por supuesto, el maltrato físico (chirlas, tirones de orejas, etc.) son considerados formas de violencia, siempre perjudiciales y no necesarias para la constitución psíquica.

Respeto recíproco y reconocimiento mutuo

Hablar de vínculos de *respeto recíproco* nos remite a la importancia de ofrecer a los niños entornos de crianza *libres de violencia*. La asimetría que caracteriza a la relación entre el niño y sus padres; la diferencia intrínseca entre el incipiente psiquismo en vías de consti-

tución del niño y el aparato psíquico de los padres ya constituido convive paradójicamente con una relación adulto-niño de mutuo respeto.

El bebé crece en las relaciones con otros sujetos y a través de ellas (Benjamin, 1996). La concepción intersubjetiva en psicoanálisis ha arrojado luz acerca de esta problemática. Postula que, a pesar de la desigualdad entre el niño y sus padres, el reconocimiento debe ser mutuo y permitir la afirmación de cada sí mismo. Desde esta teoría, el adulto con el que el sí mismo del bebé se encuentra es también un sí mismo, un sujeto por derecho propio. El reconocimiento mutuo supone que necesitamos y podemos reconocer a ese otro sujeto como distinto y no obstante semejante, como otro capaz de compartir una experiencia mental análoga a la nuestra.

Pero ¿qué significa ser equitativos en el respeto hacia los niños? Ni más ni menos que tratarlos con el mismo respeto con que tratamos a un adulto, lo cual no es en absoluto dirigirnos a ellos como si fueran adultos. Los bebés y los niños necesitan cuidado, atención, disponibilidad, contacto físico y un extenso etcétera, de un modo muy distinto al que puede necesitarlo una persona adulta. Pero el respeto hacia el niño como individuo, con sus propios deseos, intereses e iniciativas no debería ser diferente. En modo alguno tampoco quiere decir satisfacer indiscriminadamente todos los deseos del niño, pero sí implica escucharlos, validarlos y reconocerlos aun cuando no estemos en condiciones de complacerlos.

Por supuesto que es esperable que en la crianza se presenten conflictos, como los hay en todas las relaciones humanas en las que intervienen, por lo menos, dos personas. Habrá momentos en los que la mamá, agotada, deseará que el bebé duerma para poder tener ella un momento de descanso; y el pequeño querrá mamar, jugar o simplemente permanecer despierto en sus brazos. Esto producirá una tensión momentánea en el vínculo ya que ambos desean cosas distintas. Hay claramente un conflicto de intereses.

Un pequeño deambulador querrá explorar su entorno, vaciará cajones con documentos de valor para sus padres, se trepará por



los estantes de la biblioteca para alcanzar algún objeto que llamó su atención o arrojará por el aire una estatuilla de cerámica que perteneció a su bisabuela; y la mamá o el papá serán los encargados de regular esta iniciativa exploratoria del niño, impidiendo que destruya los objetos de valor o que el pequeño se caiga del estante de la repisa y se lastime. Lo más probable es que este freno a su exploración despierte en el niño pequeño una reacción de enojo y frustración por no haber podido alcanzar su empresa. Pero a su vez, lógicamente los adultos a cargo del cuidado no desean que el pequeño en cuestión se dañe o que estropee los objetos de la casa. De nuevo, se trata de un conflicto de intereses.

Sencillamente no tenemos más alternativa que admitir que ninguna relación puede ser perfecta ni carente de conflictos. Las diferencias estarán presentes desde el inicio en la crianza. Diferencias entre los adultos que crían al niño y diferencias de ellos con su descendencia. No existen relaciones humanas perfectas, como tampoco existen padres perfectos ni mucho menos, niños perfectos.

Winnicott (2012) concibió la noción de *madre suficientemente buena* (no perfecta), para dar cuenta de que la adaptación de la madre a las necesidades del niño nunca será al cien por ciento. La perfección es de las máquinas, afirma. Los seres humanos somos imperfectos por naturaleza, por lo tanto es de suponer que tanto la madre como el padre del niño no serán perfectos. Considero que es tiempo de que amplíemos el concepto de madre suficientemente buena a *padre suficientemente bueno* porque ambos progenitores son importantes en el desarrollo del niño.

Aceptar de antemano las imperfecciones del pequeño en crecimiento y la de los padres permite transitar estos conflictos, asumiendo que no siempre los progenitores podrán darle al niño lo que este espera de ellos y que el niño no siempre será el hijo que los padres desean. La aceptación de la diferencia es una forma de reconocer que somos personas distintas y que deseamos cosas diferentes. Si yo quiero que mi hijo haga todo exactamente como yo deseo, y que sea exactamente

el hijo que yo idealizo, no le estoy permitiendo ser él mismo.

De la misma manera, los padres también cometemos errores o no somos exactamente como nuestros hijos desean. Aun cuando nos equivocamos, reconocerlo nos permite retractarnos sin por eso perder autoridad ni credibilidad como padres. Al contrario, nos muestra como sujetos fallados, que asumimos que somos imperfectos, que nos podemos equivocar y aprender del error.

Si mamá y papá pueden fallar, entonces quiere decir que el niño también podrá hacerlo. Al contrario, si esperamos un hijo perfecto a nuestros ojos, que nos haga caso en todo lo que le pedimos, entonces no estamos esperando a un niño, sino a una prolongación de nosotros mismos, anulando sus propias manifestaciones de individualidad y espontaneidad. Porque simplemente, dos personas no pueden querer lo mismo todo el tiempo.

Ahora bien, entonces, ¿hay que hacer todo lo que el niño quiere? Claro que no, en primer lugar porque sería imposible y además porque, si hacemos todo lo que el niño quiere, eso anularía nuestro propio deseo. El niño pasaría a ser el centro, su deseo se impondría sobre el deseo de los otros miembros de la familia; y los demás integrantes deberían tener que renunciar sistemáticamente a sus propias iniciativas toda vez que no coincidan con el deseo del niño. Y aun cuando esto fuera posible, cómo se resolvería cuando en la familia hubiera más de un niño. Claramente no se trata de satisfacer en forma sistemática todos los deseos de los niños.

El problema de poner a un miembro de la familia en el centro de modo constante es que inevitablemente esto tiene como consecuencia que los demás roles de la familia queden relegados a un lugar periférico de manera permanente.

Por lo tanto, hablar de *niños respetados* es hablar también de *adultos respetados*, ya que todos somos igualmente sujetos de derechos. Una pareja parental que no se respeta entre sí, que no acepta las diferencias entre sus miembros, difícilmente pueda ser respetuosa de sus hijos. El reconocimiento mutuo implica aceptar al



otro como diferente. Yo te respeto a ti, porque tú me respetas a mí, que soy semejante a ti, pero diferente (Benjamin, 1996).

En la misma línea, decirle a un padre cómo debe criar o educar a sus hijos no solo no es respetuoso sino que, en muchas situaciones, puede incluso resultar violento. Por eso no creo en las recetas armadas y me permito dudar de quienes aseguran que las tienen. Creer que existe un solo modo de criar anula desde un principio las singularidades y las diferencias tanto de los padres como de los niños.

Las llamadas *corrientes niñocéntricas* sostienen que los padres deben estar al servicio del niño, relegando a un segundo plano el deseo y las necesidades de sí mismos. No importa tanto lo que la madre y el padre desean o eligen para su hijo, en qué cultura y sociedad habitan, sino que lo privilegiado es un mandato niñocéntrico que anula la subjetividad de los padres y como consecuencia, también la del niño. A mi modo de ver, lo que no permite entrever esta posición es que tanto la madre como el padre son sujetos con un sí mismo propio, y que este gravita más allá del amor hacia el niño.

La maternidad y la paternidad conllevan múltiples renunciaciones y postergaciones. La mamá —o quien cumple la función de cuidador primario— de un bebé recién nacido deberá realizar una adaptación activa casi al cien por ciento a las necesidades del bebé (Winnicott, 2011). Ese “casi” al cien por ciento es fundamental, porque da cuenta de que nunca la madre podrá satisfacer por completo a su hijo. Luego, a medida que el niño crezca irá desarrollando recursos que le permitan esperar y no necesitar contacto físico continuo. Esa adaptación al niño casi en su totalidad irá retrocediendo de manera gradual y progresiva; y es esencial que se produzca de manera entonada y en armonía con los tiempos de él.

Un bebé de unos ocho o diez meses que ya ha comenzado a desplazarse por el piso, arrastrándose o gateando, o un pequeño de un año y medio que ya camina o trepa no tienen las mismas necesidades de contacto que un bebé recién nacido (si bien es cierto que, a esa edad, aún necesitan del contacto físico, y mucho). Por lo

tanto la mamá y el papá se irán adaptando al crecimiento de su hijo y a las transformaciones en la demanda de los cuidados.

La mayoría de las madres habrán experimentado alguna vez, durante los primeros meses de su bebé, el hecho de que sean las dos de la tarde y que ellas aún no han desayunado ni almorzado, no se han bañado ni se han cambiado la ropa de dormir. Pero ciertamente los bebés crecen y, a medida que su desarrollo progresa, se orientan gradualmente de un estado de dependencia absoluta a otro estado de independencia relativa. Y este proceso no se puede forzar ni apurar, lo único que el entorno puede ofrecer son condiciones suficientemente buenas para que los procesos de maduración y del desarrollo emocional ocurran sin interferencias en un contexto de amor y respeto.

El aporte de discursos sociales en notable crecimiento durante los últimos años, como el que constituye la crianza respetuosa, enriquece y suplementa nuestra concepción del vínculo temprano. Estos nuevos paradigmas persiguen el objetivo de visibilizar las distintas formas de violencia, incluso las naturalizadas socialmente, que atentan contra el sentimiento de sí mismo del pequeño en vías de constitución.

Tanto los aportes de la concepción intersubjetiva, que ha reorientado y ampliado nuestra mirada acerca del mundo psíquico del bebé, desde las relaciones de un sujeto con su objeto hacia un sujeto que se encuentra con otro sujeto, como el discurso social en que ha devenido la crianza respetuosa constituyen verdaderos suplementos a los nuevos paradigmas en primera infancia, al reformular las concepciones clásicas y renovarlas.

The logo for AIQUE features a solid light green circle positioned above the letter 'I'. The word "AIQUE" is rendered in a grey, serif, all-caps font. The letters are closely spaced, and the overall design is minimalist and professional.

AIQUE

“¿Qué entendemos por *crianza respetuosa*? Respetuosa, ¿de qué? ¿De quiénes? ¿Respetuosa del niño, de los padres, del vínculo? ¿Puede ser una crianza respetuosa de todo esto? ¿Podría existir eso?”.

Infancias Respetadas intenta ensayar algunas respuestas a estos interrogantes, basadas fundamentalmente en el trabajo interdisciplinario con familias y niños pequeños.

Desde el punto de vista de la psicología, la crianza respetuosa, el psicoanálisis y el constante diálogo con otras disciplinas, Ivana Raschkovan busca cuestionar algunas creencias culturales que aún forman parte de nuestra tradición. En estas páginas invita al lector a deconstruir mitos, tales como el de que, si a un niño se lo toma en brazos demasiado tiempo, se “mal acostumbra”; o el de que, para que un niño “aprenda” a dormir, hay que dejarlo llorar.

Para criar infancias respetadas —afirma la autora—, necesitamos una sociedad más empática hacia los niños, que tenga en cuenta sus tiempos, sus necesidades y que provea un entramado social sostenedor a fin de que los cuidadores primarios puedan devenir en un ambiente facilitador para aquellos.

Este libro no persigue transmitir un manual de instrucciones ni una escuela para padres, menos aún, una imposición o bajada de línea acerca de tal o cual forma de crianza, sino que nos invita a revisar costumbres y tradiciones culturales a la luz de los paradigmas actuales y desde la perspectiva del respeto recíproco.

En un lenguaje accesible y ameno, el lector encontrará reflexiones e interrogantes acerca de temas que interesan a la mayoría de las familias y profesionales que trabajan en primera infancia: los primeros vínculos, el colecho, la lactancia, la alimentación complementaria, el desarrollo motriz, la enorme demanda que implica criar, la regulación emocional, los límites, la adaptación al jardín de infantes, la regulación de la tecnología, y muchos temas más.

ISBN 978-987-06-0898-1



9 789870 608981

Cód.: A-4-0898

The logo for AIQUE Educación features a green circle above the word "AIQUE" in a bold, sans-serif font, with "Educación" in a smaller, italicized serif font below it.